

CAPITULO XVIII.
LA ULTIMA REELECCION

Una vez acordado por el General Díaz que debía reelegirse, encomendó al señor Limantour los arreglos necesarios, y al efecto, varios amigos del Ministro de Hacienda y del Presidente citaron a una junta en la casa del General don Pedro Rincón Gallardo, de la intimidad del General Díaz, en la que se instaló el Club Reelectionista de la Ciudad de México.

Instalado el Club, se procedió a organizar clubes semejantes en toda la República y se comenzaron los trabajos para la reunión de una Convención Nacional que designara los candidatos reeleccionistas.

Los trabajos tuvieron gran éxito, no obstante la oposición que en alguno Estados, y especialmente en determinadas poblaciones, les hacían los reyistas, los demócratas y los anti-reeleccionistas.

El 2 de Marzo de 1909 se reunieron los delegados a la Convención, nombrándose, en el mismo día, dos comisiones que dictaminaran sobre la validez de las credenciales de los delegados. Asistieron a la reunión quinientos cuarenta y tres delegados de los seiscientos once incritos y la presidió el General don Pedro Rincón Gallardo, Presidente del Club Reelectionista de México, asistido de dos secretarios del mismo Club. El discurso de bienvenida lo pronunció el señor licenciado don Francisco M. de Olaguibel.

El día 28 del mismo mes se celebró la segunda junta, y en ella se aprobaron las credenciales de 643 delegados (1) nombrándose Presidente de la Convención al General don Pedro Rincón Gallardo y Vicepresidentes a los señores Juan R. Zavala de Jalisco; Jacobo L. Grandison, de Oaxaca; Luis Terrazas Jr., de Chihuahua; Eduardo Mestre, de Puebla; y Bonifacio Olivares, de Guanajuato.

Nombrados los secretarios, se nombró también una comisión que redactara el Manifiesto que la Convención debía dirigir al pueblo mexicano.

Figuraron en la Convención las personas más prominentes de cada localidad, como se ve por la lista que tomo del libro de actas de la Secretaría (2)

Las elecciones se verificaron como de costumbre, y el resultado fué el triunfo de los candidatos del Gobierno, pero en algunos Colegios electorales hubo verdadera lucha, cosa inusitada.

* * *

El General Díaz se presentó, tanto en la campaña electoral, como al inaugurarse el período presidencial, sin hacer cambios ni modificaciones, ni pretender satisfacer en lo más mínimo a la opinión pública. Creía que su poder era el mismo, y que sería eterno.

El Presidente no modificó su Gobierno por presión de la opinión pública, más que una vez, en su primer período; cuando designó para Ministro de Hacienda a don José Hipólito Ramírez, quien tuvo que renunciar a

(1)—Con posterioridad al 25 de marzo se inscribieron los 32 delegados cuyas credenciales no habían sido presentadas antes de empezar la Junta previa.

(2)—La lista se encuentra en el Apéndice.

los tres días. Desde su segundo período—1.º de Diciembre de 1884—hasta Marzo de 1911, los cambios ministeriales sólo tuvieron tres causas: muerte de los titulares señores Mariscal, Romero Rubio, Escontría, Berriozábal y Dublán; enfermedades o incapacidad no política, Sres. Fernández Leal, Hinojosa, Mena y Gómez Farías; disgustos o rencillas políticas entre el señor Romero Rubio y don Carlos Pacheco, que motivaron la renuncia del último y entre el señor Limantour y los señores Baranda y Reyes que obligaron a los dos últimos a dejar el Gabinete por orden del Presidente. Don Matías Romero estuvo en el Ministerio únicamente para apadrinar el nombramiento del señor Limantour.

En 27 años, el movimiento en el Gabinete fué el siguiente:

Relaciones Exteriores, el Sr. Mariscal hasta que murió, sustituyéndolo D. Enrique C. Creel. Gobernación, D. Manuel Romero Rubio, a su muerte lo sustituyó D. Manuel González Cosío, quien dejó el puesto, pasando al Ministerio de Fomento, para que entrara don Ramón Corral. Justicia: El señor Baranda, hasta que por exigencias del señor Limantour, el Presidente lo hizo renunciar, nombrando para que lo sustituyera a don Justino Fernández.

Instrucción Pública: Don Justo Sierra, desde que fué creado el Ministerio.

Fomento: Don Carlos Pacheco, quien renunció poco antes de morir. Lo sustituyó don Manuel Fernández Leal; a este señor, don Leandro Fernández, quien pasó a Comunicaciones cuando fué nombrado Ministro de Fomento el señor González Cosío. Al pasar este señor a la Cartera de Guerra, entró a sustituirlo el señor don Blas

Escontría, y a la muerte de este señor, fué nombrado don Olegario Molina.

Comunicaciones: El señor González Cosío hasta que fué nombrado Ministro de Gobernación, sustituyéndolo el General Francisco Z. Mena. Cuando este señor pasó al Ministerio de Guerra, se encargó de la Secretaría de Comunicaciones don Leandro Fernández.

En Hacienda: Don Manuel Dublán, hasta que murió. Lo sustituyó don Benito Gómez Farías, quien renunció a los once meses, entrando a sustituirlo don Matías Romero. Como Subsecretario entró don José Ives Limantour, quien se encargó del Ministerio al morir el General don Manuel González.

Guerra: El General Pedro Hinojosa, hasta que por su edad—84 años—tuvo que dejar el puesto al General Felipe B. Berriozábal. A la muerte de este señor, entró el General don Bernardo Reyes a quien sustituyó el General don Francisco Z. Mena. Cuando las enfermedades de este señor lo obligaron a ir a Europa entró a sustituirlo el General don Manuel González Cosío.

Ninguno de los cambios obedeció a variación de política ni fueron satisfacciones a la opinión pública; por lo contrario, se sabía que los ataques a los Ministros sólo servían para asegurarlos en sus puestos.

Sin satisfacer a la opinión pública, con elementos casi todos caducos, el General Díaz abordaba el séptimo período constitucional.

La política exterior del Gobierno del General Díaz, durante el tiempo que estuvo al frente del Ministerio de Relaciones don Ignacio Mariscal, había tenido un tinte notoriamente amistoso para con los Estados Unidos, al grado de haber sido duramente atacado el Ministro por su discurso en Chicago, cuando representando al Ge-

neral Díaz, concurrió a una festividad en dicha población; pero si bien la tendencia había sido amistosa, se habían defendido los derechos de México con energía y habilidad, especialmente cuando el arresto del periodista americano Cutting en Ciudad Juárez. Cuando el Ministro de Estado americano Mr. Blaine había querido intervenir en nuestro conflicto con Guatemala, la posición que adoptó nuestra Cancillería, fué falsa, pero la muerte del General Barrios resolvió la cuestión internacional.

Con las naciones Centro-Americanas, el señor Mariscal fué hasta cierto punto hostil, especialmente contra Guatemala, y algunas veces esa pasión costó cara al País. Así, por ejemplo, en el tratado de límites, perdimos el puerto de Ocós, por salvar un desierto que no tenía importancia.

Nuestras relaciones con Europa fueron muy cordiales, sin que hubiera hechos que pudieran definir la política internacional de México, con excepción del tratado con Inglaterra por el que se fijaron los límites con el Territorio de Belice.

A la muerte del señor Mariscal, fué nombrado Ministro de Relaciones Exteriores don Enrique C. Creel, yerno del General don Luis Terrazas, antiguo Embajador de México en los Estados Unidos y Gobernador del Estado de Chihuahua al ser designado para la Secretaría de Relaciones.

Coincidió la muerte del señor Mariscal con la renuncia que del puesto de Embajador Americano en México, presentó Mr. Thompson, hombre franco y de espíritu altamente conciliador. En su lugar fué enviado Mr. Henry Lane Wilson, que había desempeñado el puesto de Ministro de la República de Chile, y de cuya conducta me ocuparé en capítulos posteriores.

Junto con estos cambios, comenzó una agitación en México notoriamente favorable al Gobierno y al pueblo japonés, en dificultades en aquellos momentos con el Gobierno Americano, por la cuestión de los inmigrantes japoneses en el Estado de California, que exigían ser tratados al igual de los europeos.

El sentimiento anti-americano que existe en México desde la guerra del 47, se acentuó, tomando principalmente la forma de manifestaciones de simpatía para el Imperio del Sol Naciente; sin que detuvieran tal sentimiento, ni la visita del Secretario de Estado Mr. Elihu Root a México—Octubre de 1907—ni la entrevista de los Presidentes Díaz y Taft en El Paso y Ciudad Juárez—1909—ambas hechas en vida del señor Mariscal.

El rumor público llegó hasta a decir que la finalidad de los dos acontecimientos había sido la indicación, por parte del Gobierno Americano al General Díaz, de que era tiempo de que cediera el puesto que ocupaba.

Haya habido o no tal indicación, lo cierto es que cuando se inició el movimiento revolucionario de 1910, el pueblo y el Gobierno americano mostraron abierta simpatía,—hasta donde las conveniencias diplomáticas permitían a este último—en favor de un cambio en el personal de la administración mexicana.

De este sentimiento se hizo eco caracterizadamente el Embajador Americano en México, Mr. Wilson, y al General Díaz se le hizo ver que seguramente los americanos creían que era un ejemplo fatal para la democracia americana, especialmente al Sur del Usumacinta, su continuación en el Poder; pero el Presidente no oía de ese lado, y cuando mucho solía decir que al inaugurarse el nuevo período presidencial solicitaría una licencia, dejando al Vicepresidente, para así pulsar, con una po-

lítica experimental, el adelanto democrático del País, antes de dejar por completo el Poder.

En la política interior, el General Díaz era aún más sordo. Creía que su autoridad debía ser omnipotente, y que se vendría abajo si aceptaba ciertos cambios que la opinión pública exigía. No hubo medio de convencerlo, por ejemplo, para que se removieran ciertos gobernadores, como los de Guanajuato, Puebla, Michoacán, Veracruz y Tlaxcala, que llevaban cerca de veinte años en los puestos y eran odiados por los habitantes de los respectivos Estados.

En Chihuahua había vuelto a imperar el cacicazgo de los señores Terrazas, que el General Díaz había combatido al principio de su administración y don Miguel Ahumada, que representaba al elemento conciliador, fué sustituido por don Enrique C. Creel, yerno del General Terrazas. Cuando el señor Creel fué nombrado Ministro de Relaciones, fué nombrado en su lugar don Alberto Terrazas, yerno del señor Creel e hijo del General Terrazas.

En Oaxaca el General Díaz se proponía imponer a su sobrino don Félix Díaz; en Tamaulipas estaba de Gobernador un tío carnal de la esposa del Vicepresidente; en México era reelecto el General don Fernando González, antiguo ayudante del General Díaz e hijo del ex-Presidente don Manuel González, y a Morelos iba su Jefe de Estado Mayor. Así, en los Estados donde había algunos cambios, era para poner a parientes o ahijados del Presidente, y aunque algunos de ellos eran hombres buenos, el conjunto demostraba la tendencia de dominar más y más a los pueblos y de matar toda idea democrática.

En materia de Justicia, la cosa andaba peor. Las úl-

timas elecciones de Magistrados de la Suprema Corte de Justicia, indicaban claramente que, al Presidente, lo único que le preocupaba, era tener instrumentos dóciles que sirvieran sus órdenes sin contradicción. En materia de reformas legislativas, apenas se comenzó el estudio de la reforma de la legislación penal, sin que se hiciera nada en los demás ramos.

En Instrucción Pública, se había gastado mucho dinero, pero la labor era meramente decorativa. Se había creado una Universidad y una Escuela de Altos Estudios; pero la gran masa de la población, continuaba acusando una fuerte proporción de analfabetas. En cuanto a las Escuelas Superiores, algunas de ellas, como la de Medicina, había perdido casi por completo el prestigio que tuvo años atrás.

El Ministerio de Fomento había sido muy activo mientras tuvo al frente al General Pacheco; después, sólo se ocupó de dar concesiones para todo, por orden expresa del Presidente, y como el señor Fernández Leal no se atrevía a hacer ninguna observación al General Díaz, se hicieron contratos de toda especie. Cuando don Olegario Molina fué nombrado Ministro, encontró que las compañías deslindadoras, habían perturbado, cuando no despojado a los poseedores de tierras y que ya no había baldíos; quiso normalizar el uso de las aguas y se encontró con tal número de concesiones, que no alcanzaba el caudal de los ríos para satisfacer los compromisos contraídos. En fin, había tal desbarajuste, que al pretender encauzar las cosas en cierto orden comenzó a lastimar derechos y la perturbación que estaba latente, comenzó a estallar. Sin duda su obra con tiempo al frente para desarrollarla, habría sido excelente.

El Ministerio de Comunicaciones, sí había hecho una

labor efectiva. El Ministro don Leandro Fernández, apartado por completo de la política, se había dedicado a trabajar dentro del orden meramente administrativo, y la red ferrocarrilera se extendió bastante por toda la República; los telégrafos y el Correo hacían sus servicios con bastante regularidad y las costas de la República fueron iluminadas convenientemente, ejecutándose obras de importancia en los puertos de Veracruz, Tampico, Coatzacoalcos, Manzanillo y Salina Cruz, y se ligó el Pacífico con el Golfo por un ferrocarril sólidamente construido.

Las carreteras de la República que habían sido abandonadas desde la construcción de los ferrocarriles, comenzaron a repararse y se ordenó un estudio de las vías fluviales en todo el País, estableciéndose la Comisión Hidrográfica. Se concluyeron las importantes obras del desagüe del Valle de México, y los edificios de Correos, Ministerio de Comunicaciones, etc. En lo general, las actividades de la administración se emplearon en las obras materiales.

La gestión del Gobierno del General Díaz, en el Departamento de Guerra, con excepción del período que estuvo al frente de la Subsecretaría el General don Rosalino Martínez, fué desastrosa.

El General Martínez sí hizo un trabajo benéfico y concienzudo. Estableció la Escuela de Aspirantes, dotando así al Ejército de oficialidad instruida y útil para el servicio de campaña. Los oficiales que sustituyeron a los que nombró el General Martínez, al fundar la Escuela, desgraciadamente arrastraron a los alumnos al cuartelazo del 9 de Febrero, ignominia que mató el plantel, pero de la que ni el fundador ni los alumnos que de ella habían salido, pueden ser responsables.

También en la misma época se fundaron las fábricas para cartuchos Mausser y pólvora sin humo, que debían, al desarrollarse convenientemente, echar las bases para una vida independiente, pues mientras la Nación dependa del extranjero exclusivamente para la alimentación de sus bocas de fuego, le será muy difícil conservar su independencia.

Otro ramo que floreció debidamente durante la administración del General Díaz, fué el de Hacienda. Las rentas de la República subieron de 22 millones a 110. Se nivelaron los presupuestos, se consolidó el crédito de la Nación, se abolieron las alcabalas y se estableció la firmeza del cambio, sistema que las revoluciones y la ineptitud de algunos Ministros echaron por tierra.

El Ministerio de Hacienda, durante la gestión del señor Limantour, administrativamente no se distinguió por la justicia en sus resoluciones, pues en lo general, llevaban el sello de la pasión que caracterizaba al Subsecretario, en cuyas manos estaba, pero económicamente, en lo general, se ajustó a los principios científicos, y la obra financiera del señor Limantour es notable. ¡¡Si su obra administrativa y sobre todo la política hubieran estado a la misma altura, el País se habría consolidado y nos habríamos evitado las bochornosas escenas del año de 1913!!

CAPITULO XIX.

LA REVOLUCION MADERISTA

La policía tenía orden de asistir a todas las reuniones de los diversos partidos políticos y hacer un extracto de los discursos que se pronunciaban. Cuando por la relación de tales discursos, el General Díaz vió que el señor Madero le dirigía ataques personales, y que esto lo hacía constantemente, se irritó, perdió la calma y ordenó que fuera aprehendido. Para ello aprovechó un discurso que el candidato anti-reeleccionista había pronunciado en la estación del ferrocarril de San Luis Potosí, al pasar por dicha ciudad, rumbo a la frontera.

El Presidente escogió ese discurso, no porque hubiera sido más vehemente que los otros, sino por haberlo oído el Diputado don Juan R. Orcé, amigo, paisano y protegido del Vicepresidente de la República, don Ramón Corral.

El General Díaz comenzó por llamar al señor Orcé y preguntarle lo que había oído decir al señor Madero, y una vez obtenida su declaración, le preguntó si estaría dispuesto a repetirla ante los tribunales. El señor Orcé manifestó su aquiescencia y el Presidente no quiso perder la oportunidad que se le presentaba, de castigar la audacia del señor Madero, echando sobre el señor Corral la impopularidad de la medida. Era claro que siendo el testigo conocido como hombre identificado con el

Vicepresidente, para el público, éste sería el responsable de la prisión del señor Madero.

Resuelto el procedimiento, se dieron órdenes al Jefe de la Zona Militar en Nuevo León, General José María Mier, para que procediera a la aprehensión del leader anti-reeleccionista, aprehensión que se verificó en la ciudad de Monterrey, en los momentos en que el señor Madero iba a tomar el tren para ir a pronunciar otro discurso en la región de la Laguna.

Aprehendido el señor Madero, fué llevado a San Luis Potosí para ser juzgado por el Juez de Distrito de dicha ciudad, que era el competente, toda vez que el delito se suponía cometido en su jurisdicción. El procedimiento, sin embargo, indicaba claramente quién lo había ordenado, pues las autoridades militares nada tenían que ver con los reos federales, y sin embargo, eran las de Monterrey las que habían ordenado la aprehensión de un reo que pertenecía a la jurisdicción federal de San Luis Potosí.

Internado el señor Madero en la Penitenciaría de San Luis Potosí y recogida su correspondencia, comprobó el Gobierno que el señor Madero preparaba una revolución armada; pero el General Díaz se rió del hombre, creyendo que un civil como el señor Madero, nada podría hacer. El acusado mientras, había obtenido su libertad bajo caución y pocos días después se fugaba para los Estados Unidos.

La libertad bajo caución del señor Madero se otorgó por orden expresa del General Díaz, dada al Juez de Distrito, don Tomás Ortiz, en virtud de la recomendación muy especial que hizo el Obispo de la Diócesis de San Luis Potosí, Monseñor don Ignacio Montes de Oca. El Obispo hizo viaje expreso a México consiguiendo que

la esposa del Presidente se interesara en la recomendación y como, repito, el General Díaz no daba importancia de ninguna clase al señor Madero, ni creyó que pudiera hacerle daño efectivo, no tuvo inconveniente en atender la recomendación del Obispo Montes de Oca. En ayuda de éste, había estado también el señor Limantour, que llevaba muy buenas relaciones con la familia Madero, y quien por telégrafo suplicó al General Díaz atendiera la recomendación que hacía el Ilmo. señor Montes de Oca.

La libertad fué concedida el 20 de Julio, después de verificadas las elecciones, mediante el depósito de la cantidad de diez mil pesos y quedando el señor Madero y su Secretario don Roque Estrada, en la ciudad de San Luis Potosí, para que pudiera continuarse la secuela del proceso.

Una vez en libertad el señor Madero, y hecha la declaración por la Cámara, sobre las elecciones presidenciales en el mes de Octubre, todo estaba listo para iniciar la revolución; pero nada pudo hacerse hasta el veinte de Noviembre, porque los anti-reeleccionistas juzgaron peligroso que estallara, encontrándose el señor Madero aún al alcance de la policía del General Díaz. Empezaron, pues, por preparar la fuga del caudillo, quien disfrazado de mecánico y a pie, salió de la ciudad de San Luis Potosí, tomando en las afueras de la población un automóvil preparado al efecto, que lo condujo a una estación de bandera próxima, donde tomó el tren que debía conducirlo a la frontera.

Se estableció un buen servicio de espionaje en todo el camino, tanto el que debía recorrer el automóvil como después el tren, por los simpatizadores de la causa, servicio que les permitiera saber inmediatamente si el caudi-

llo corría el menor riesgo, para que rápidamente abandonara el tren y se internara en algunas de las montañas más próximas.

El señor Madero viajó sin la menor dificultad, todo rasurado, con el disfraz de mecánico y auxiliado por el Auditor del tren ganó la frontera con Estados Unidos, sin que nadie notara su huída, ni en San Luis Potosí ni en el camino. La primera noticia que tuvo el Gobierno de la fuga del señor Madero, fué el cablegrama que recibió el director del Club Reeleccionista, avisando la llegada del leader de los anti-reeleccionistas a Laredo, Tex. Días después, se conocía en México el plan revolucionario que el señor Madero había firmado en la ciudad de San Luis Potosí.

Pascual Orozco y don Abraham González, secundaron inmediatamente el movimiento en el Estado de Chihuahua, y pocos días después hacían lo mismo José de la Luz Blanco, José de la Luz Soto, Juan José González, Santos G. Estrada, Francisco Villa, José Inés Salazar, Marcelo Caraveo, Emilio Campa, Luis Moya, Abraham Oros, Francisco D. Salgado, Toribio Ortega y algunos otros. El Jefe de la Zona, General Manuel M. Plata, informó sobre el movimiento, encareciendo la necesidad de que se le enviaran diez mil soldados para sofocar la revolución. El General Díaz se rió nuevamente de aquella rebelión y del informe del General Plata; juzgó que era un error muy grande y se le quitó el mando, enviando en su lugar al General Juan Hernández, que conocía bien el Estado, pues había hecho la campaña contra los indios de Chihuahua, cuando por cuestiones locales se habían levantado años antes.

La revolución estuvo a punto de abortar porque la correspondencia recojida al señor Madero denunció, en-

tre otras cosas, la conspiración que encabezaba en Puebla don Aquiles Serdán, quien por otra parte, cometía imprudencias como la de escribir artículos que quería hacer aparecer escritos en la sierra de Oaxaca. El Gobierno mandó aprehenderlo el 18 de Noviembre. El señor Serdán, ayudado por varios parientes y amigos, se defendió en su casa, la que fué tomada por asalto por las fuerzas federales al mando del General Luis Valle, Jefe de la Zona.

No creyendo que se hiciera resistencia, entró en la casa con engaños, el Jefe de la Policía Miguel Cabrera, pero apenas traspasó el umbral, fué muerto, siguiéndose una verdadera batalla en la que las mujeres de la familia tomaron participación activa, tratando de levantar la población. El hermano del señor Serdán, Máximo, defendió la azotea con gran valor y murió durante la acción.

Al ser tomada la casa, no se encontró al señor Serdán, pero en la noche fué descubierto oculto en un sótano de la misma casa. Denunciado o descubierto, se le mató allí mismo, casi en presencia de su esposa y sus hijas, presas en la pieza contigua.

El Gobierno convencido poco después de la importancia del movimiento, para que el General Hernández dominara la revolución, puso a sus órdenes, en la segunda Zona Militar cuya capital era Chihuahua, los batallones de infantería números 6, 10, 12, 17, 18, 20, 28 y 29 y fracciones de los números 9, 23 y 26 y los regimientos de caballería números 2, 3, 10, 12, 13, 14 y 16 y escuadrones de los números 7, 9 y 11.

El General Díaz, al mismo tiempo, había enviado a don Iñigo Noriega, español de su intimidad, para que conferenciara con los rebeldes, y ver si mataba la revo-

lución en su cuna por medio de promesas. El sistema le había dado buenos resultados cuando la rebelión del General Neri en Guerrero; pero en esta ocasión, el Doctor Vázquez Gómez, comisionado por los rebeldes para entenderse con el enviado del Presidente, exigió credenciales en forma; esto es, que el Gobierno reconociera a la revolución su carácter de beligerante. El señor Noriega no llevaba sino la clave que le había dado el Presidente para que transmitiera las proposiciones de los revolucionarios. El señor Vázquez Gómez, con mucha habilidad, se negó a tratar con el señor Noriega mientras no presentara credenciales en forma: Las negociaciones fracasaron.

Entre tanto, las operaciones militares habían sido fracasos para el Gobierno en la mayoría de los casos, y la opinión pública, excitadísima, exigía una campaña rápida, que restableciera inmediatamente las comunicaciones, y volviera al País la paz que había perdido.

El General Díaz, a consecuencia de la extracción de una muela, estaba enfermo y no podía ocuparse personalmente de la campaña. La dirigían, su hijo el Teniente Coronel don Porfirio Díaz y sus ayudantes.

Efectuada la fuga del señor Madero, se dirigió a San Antonio, Tex., y allí, en una junta verificada el 6 de Noviembre, se acordó el levantamiento, debiendo ser simultáneamente en diversos lugares, el veinte del mismo mes.

De acuerdo con el convenio, José de la Luz Blanco se presentó el día citado frente a Temósachic, e intimó la rendición de la plaza. Defendióla el Presidente Municipal y los revolucionarios tuvieron que retirarse, pero continuaron amagando constantemente la población, hasta que por fin la tomaron el treinta del mismo mes.

El 21 pidieron la rendición de Ciudad Guerrero que

defendió el Jefe Político Urbano Zea, fusilado en unión del Juez Martín Norman, el Inspector de Correos Manuel Patiño Suárez, don Genaro Sánchez Aldana, Jesús y Fernando Anaya y Germán y Lázaro Espejo, al capitular la ciudad y ser nombrado Jefe Político don Abraham Oros en los primeros días de Diciembre. Los mencionados fueron las primeras víctimas de la lucha fratricida que emprendimos hace tres años.

Para evitar que llegaran refuerzos a Ciudad Guerrero, los revolucionarios desprendieron una fuerza a las órdenes de don Epifanio Costa que dió el 27 de Noviembre la batalla de Pedernales, primer encuentro en que salieron victoriosos los revolucionarios, y en el que se distinguió Pascual Orozco hijo, quien con dos soldados que salieron heridos, decidió la acción.

En el Parral también se inició la revolución el 21 de Noviembre y los revolucionarios, al mando de Guillermo Baca, llegaron a posesionarse de la plaza por breves instantes, pero se vieron obligados a abandonarla el día 22.

Reorganizados en la Sierra de Santa Bárbara, avanzaron por el río de Providencia, hasta internarse en el Estado de Durango, y de allí a Batopilas, que no pudieron tomar por la persecución que les hizo el Coronel Reynaldo Díaz, dando lugar a que se dispersaran, muriendo el jefe revolucionario don Guillermo Baca en los primeros días de Febrero.

Todos estos hechos habían hecho que cundiera la alarma en la ciudad de Chihuahua, pero ella creció con la muerte del Teniente Coronel Yépez en el combate de San Andrés, verificado en los primeros días de Diciembre, sin que hubiera contribuido a calmar un poco la ansiedad la derrota de los revolucionarios el 27 de Noviem-

bre en el cerro del Tecolote, por las fuerzas que mandaba el Brigadier Juan Navarro.

La captura de Chihuahua, que formaba parte esencial del plan revolucionario, había sido encomendada a Máximo Castillo quien llevaba como jefes de compañías a Francisco Villa, Santos Estrada, Guadalupe Gardea, Dolores y Gaspar Durán. Organizada esta fuerza en el pueblo de San Andrés, se presentó frente a Chihuahua el 27 de Noviembre y habría sido aniquilada, si no es por el arrojó de Villa que con quince hombres atacó la retaguardia de los federales, obligándolos a hacer una diversión, que permitió a los revolucionarios retirarse sin ser completamente destruidos. Villa, que llegó hasta las goteras de Chihuahua, perdió casi toda su gente, teniendo que defenderse al arma blanca, logrando escapar con tres hombres, reuniéndose en la Sierra Azul con el resto de sus compañeros. Allí les llegó la invitación para que, reunidos en un grupo con los hombres que de Guerrero llevaban Salido y José de la Luz Blanco, dar la batalla de Cerro Prieto, que efectuada el 11 de Diciembre, resultó un fracaso para los rebeldes, no obstante los esfuerzos de valor de que hizo alarde Orozco, quien llegó en auxilio de los revolucionarios, que al mando de don Francisco Salido, muerto en la acción, habían sido hechos pedazos por la columna federal que iba a las órdenes del Brigadier Navarro. Orozco, con treinta hombres, de los que 21 quedaron en el campo, detuvo a los federales, mientras se organizaba la retirada hacia el rancho de la Capilla. En la acción de Cerro Prieto, fué donde los revolucionarios se hicieron de una ametralladora, la primera que tuvieron, arrebatada a los federales por los guerrilleros de Namiquipa, que con audacia increíble la lazaron.

La victoria de Cerro Prieto fué manchada con el fu-

silamiento de todos los prisioneros y de algunos vecinos a quienes se consideró simpatizadores de la causa revolucionaria. Federales y revolucionarios iban resueltos a una guerra sin cuartel.

Orozco, que por la muerte de Salido asumió el mando de las fuerzas revolucionarias, las reorganizó en la hacienda de la Capilla, y ordenó que los jefes José de la Luz Blanco, José Rascón y Tena fueran a cortar la retirada a los federales que al mando del Coronel Guzmán se dirigían desde Chihuahua. Al llegar a los desfiladeros de Mal Paso, el ingeniero Vito Alessio Robles, que conducía el tren por no haber encontrado maquinistas que lo guiaran, detuvo el convoy por haberse encontrado destruida la vía. Al descender la tropa, los revolucionarios abrieron el fuego, y el sexto Batallón con sus Jefes, Coronel Guzmán, Teniente Coronel Vallejo y Capitanes Gallegos y Alessio Robles, gravemente heridos, tuvo que regresar a Chihuahua. A los pocos días murió, a consecuencia de sus heridas, el Coronel Guzmán.

El señor Madero, según lo convenido en la junta de San Antonio, se dirigió al Estado de Coahuila, donde debía reunírsele don Catarino Benavides, pero el guía que lo acompañaba perdió el camino y anduvo dos días extraviado hasta que encontró a sus partidarios el día 20 de Noviembre en el rancho de "El Indio"; pero las fuerzas allí reunidas, no eran suficientes para emprender la campaña; así fué que después de veinte días de esperar a los que se habían comprometido, y que no parecían por ninguna parte, se resolvió que el señor Madero se pasara al Estado de Chihuahua; y disfrazándose, otra vez cruzó la frontera a mediados de Diciembre.

De regreso en San Antonio, sus partidarios querían que fuera a la Habana y desde allí saliera para Yucatán,

donde el licenciado José María Pino Suárez decía contaba con elementos superiores a los que se presentaban en la frontera del Norte. En estas vacilaciones estaban, cuando tuvieron aviso de que, merced a las gestiones del Gobierno, se había dado o se iba a dar orden de aprehensión contra don Francisco Madero y don Abraham González, a quienes se acusaba de violar las leyes de neutralidad en Estados Unidos, resolviendo entrar en Chihuahua.

El señor Madero comenzó por nombrar jefe de las fuerzas que mandaba Orozco a don José de la Luz Blanco, quien llevaba como miembros de su Estado Mayor, a don Eduardo Hay, José Garibaldi, Raúl Madero, Rafael Aguilar y Roque González Garza.

El 14 de Febrero entraron en territorio mexicano el señor Madero y los que lo acompañaban, cruzando la frontera cerca de Isleta, reuniéndoseles a poco los guerrilleros que campeaban por aquellos contornos. Se dirigieron a San Agustín y Guadalupe, donde el señor Madero tuvo la primera decepción ante las impertinencias del cabecilla Prisciliano Silva, a quien fué preciso desarmar y hacer cruzar nuevamente el Río Bravo. El día 18 llegaron a las Tinajas, y el 19 en Charco de Grado, se comenzó la organización de las fuerzas revolucionarias, encomendándose a don Eduardo Hay, la destrucción del Ferrocarril para impedir así la movilización de las fuerzas del Gobierno.

El día 22 de Febrero se presentaron el señor Madero y sus acompañantes en Villa Ahumada, y el 28 entraron en San Lorenzo, sin encontrar resistencia de ninguna especie. El primero de Marzo, en San Buenaventura, se les incorporó el Coronel José Flores Alatorre, con doscientos hombres; pero las quejas contra el señor Flores

Alatorre fueron tantas, que hubo que quitarle el mando y refundir sus soldados en las columnas que mandaban el italiano Garibaldi y los señores Eduardo Hay y Roque González Garza.

Las fuerzas revolucionarias se dirigieron a Casas Grandes a cuya vista llegaron el 5 de Marzo, preparándose para el ataque a la población, que defendía el Coronel Agustín Valdez; pero en auxilio de ella llegó intempestivamente el Coronel Samuel García Cuéllar, Jefe del Estado Mayor del Presidente, a quien se había dado el mando del sexto Batallón, después de la derrota y muerte del Coronel Guzmán en Mal Paso. El señor García Cuéllar con su cuerpo y una sección de artillería, a cuyo frente iba el Coronel Eguía Liz, andaba por los contornos cuando al oír los disparos se dirigió al lugar de donde partían. El señor Lázaro Gutiérrez de Lara, a quien se había encargado la vigilancia por aquel rumbo, dejó pasar la fuerza de García Cuéllar sin disparar un tiro ni dar aviso al grueso de la columna.

Los rebeldes estaban mandados por José de la Luz Soto, Garibaldi, Hay y González Garza: Ninguno de ellos tenía conocimientos militares y aunque en la columna iban varios oficiales técnicos, no querían escucharlos, ni hacían caso de las precauciones que ellos aconsejaban. La sorpresa para los rebeldes que inopinadamente se encontraron entre dos fuegos, fué completa. Las fuerzas de Soto se desbandaron, y al retirarse cundió el desorden en las demás. El señor Madero, que presenciaba los acontecimientos a cierta distancia, fué advertido que debía retirarse; pero al enganchar las mulas en el coche que debía conducirle, comenzó el pánico y los encargados de las bestias pusieron una que era de carga y otra que era de tiro. El carruaje no pudo caminar; pero Máximo

Castillo le dió su caballo, quedando con un pequeño grupo de hombres para proteger la retirada del Jefe de la revolución.

El señor Madero tuvo que hacer la jornada, parte a pie y parte a caballo y en cierto momento, que esconderse en una zanja, para no caer en manos de los federales.

El señor García Cuéllar fué herido en una mano que hubo necesidad de amputarle, pero no quiso retirarse del campo de batalla ni dejar el mando a su segundo que era el Coronel Eguía Liz, quien a su vez insistía en que el jefe herido se lo entregara. En la discusión se perdió el tiempo, pues no se perseguía al señor Madero, lo que dió margen a que pudiera escapar.

Don Benito A. de Goribar en su obra "El Maderismo en Cueros", dice: "Si el señor García Cuéllar, hubiera sido un soldado, en aquel momento manda cargar a cincuenta hombres de caballería y allí termina con Madero, con los maderistas y con la revolución de 1910." El señor Goribar no tiene razón. No tiene en cuenta que el señor García Cuéllar estaba herido: su error fué debido a un exceso de pundonor militar. Su responsabilidad consiste en no haber entregado el mando al sentirse herido.

Orozco, al frente de los guerrilleros de Chihuahua, en cambio, había logrado la incomunicación de Ciudad Juárez, y con la gente levantada en Guerrero, Batopilas y las Sierras Tarahumara y de las Mesteñas, había avanzado sobre Ciudad Juárez y Ojinaga, tratando de apoderarse de alguna población fronteriza, para poderse proveer de parque y armas con facilidad.

El General Díaz, creyendo, o aparentando creer, que se trataba únicamente de una revolución local, contra el dominio de los señores Terrazas, hizo que renunciara

el Gobernador don Alberto, hijo del General don Luis Terrazas, gran terrateniente en el Estado, y en su lugar, envió al señor Coronel don Miguel Ahumada, a quien acababa de quitar el gobierno de Jalisco, para darlo a don Manuel Cuesta Gallardo, íntimo amigo del Presidente. El señor Ahumada había sido anteriormente Gobernador de Chihuahua y se había hecho estimar por sus habitantes.

Al mismo tiempo había ordenado que el General Lauro Villar, que estaba como Jefe de las Armas en Laredo, tomara el mando de la campaña en Chihuahua; pero los acontecimientos se precipitaron. Orozco, nombrado jefe de las fuerzas revolucionarias, hizo un movimiento hacia Madera y Bustillos, amenazando Chihuahua, que obligó al Gobierno a ordenar que las fuerzas de los Coronel Rábago, Valdez, y Escudero, se reconcentraran en Chihuahua. Una vez logrado esto, Orozco se movió rápidamente por Madera y Casas Grandes, y en los primeros días de Mayo, rodeaban a Ciudad Juárez un grueso número de rebeldes, que mandaba en jefe Pascual Orozco hijo, llevando como segundos a Francisco Villa, hombre sagaz, muy conocedor de la región y excelente tirador, a Salazar, joven muy inteligente y de gran valor, Caraveo, hombre de gran audacia, sumamente querido de sus tropas y de valor a toda prueba y Emilio Campa, joven de facultades excepcionales, aunque todos ellos de escasa instrucción militar.

Estas fuerzas habían tenido varios encuentros con las columnas federales en la Sierra del Fierro, en Coyame, en Cuchillo Parado y en otros puntos, sin haber podido ser deshechas, y al reunirse, formaban un núcleo de importancia, que en Galeana se incorporaron al Jefe de la

revolución, quien después del desastre de Casas Grandes, se había retirado a la Hacienda de San Diego.

Las fuerzas de Ciudad Juárez estaban al mando del General Navarro, que se había batido siempre con valor; pero que era ya un anciano y cuyos conocimientos estratégicos, eran casi nulos, aunque si bien es cierto que estaba allí el Coronel Tamborrel, que pertenecía al Cuerpo de Ingenieros y había preparado científicamente la defensa de la población.

Las columnas federales se habían movido hasta entonces, por orden directa del Ministro de la Guerra, que comunicaba las que le daban en el Estado Mayor del Presidente. Mientras el General Díaz pudo vigilar personalmente la campaña, las órdenes y los movimientos solamente se resentían de que quien los ordenaba estaba muy lejos del lugar de los sucesos y no conocía personalmente el terreno donde operaban las fuerzas; pero cuando su enfermedad le impidió seguir ocupándose de la campaña, y ésta, como dije más arriba, quedó en manos de sus ayudantes, y principalmente del hijo del Presidente, se resintió de una enorme incompetencia. Se movía a las columnas, fatigándolas sin necesidad y cuando hacían falta en determinado lugar, no se sabía a punto fijo dónde se encontraban. El Ministro de la Guerra, señor González Cosío, no queriendo disgustar al Presidente, no protestaba contra aquella invasión en las funciones de su Ministerio, y los resultados eran cada día peores.

El General Mondragón, que era de la intimidad del Teniente Coronel don Porfirio Díaz, estaba también allí; pero como de costumbre, para hacer negocio. Uno de ellos fué el de una fuerte cantidad de parque que se ofreció al Gobierno por conducto del señor Carlos Pérez, y

procedente de una fábrica alemana. Se ofreció a setenta y tantos marcos el millar. El Presidente acordó la compra; pero el Subsecretario de Hacienda, señor Núñez, que tenía muy mala voluntad al señor Mondragón, sospechando que podía haber un especial provecho para dicho General, telegrafió a París sobre el asunto al señor Limantour, quien contestó que el parque ofrecido era en efecto alemán, que había sido rechazado por el Gobierno de Chile y que podía conseguirse a cuarenta y tantos marcos el millar. El señor Núñez, en vista del telegrama, y no obstante lo terminante de la orden del General Díaz, se negó a dar su conformidad para la compra. El General Díaz, esclavo como siempre, de las formalidades, deshizo el contrato, ya aprobado por el Ministerio de la Guerra.

En la administración militar había un desorden espantoso, y el Parque de Sanidad se quejaba continuamente de no tener los elementos necesarios porque las órdenes no se daban oportunamente.

El fracaso de la campaña de Chihuahua se debió a la debilidad del Ministro de la Guerra, que por deferencia para con el hijo del Presidente, no tomó la dirección efectiva de ella. Se ha dicho que hubo incompetencia por parte del señor General González Cosío. En justicia, no puede hacerse tal cargo, porque él no dirigió los movimientos, limitándose a transmitir las órdenes que recibía.

En cuanto al Estado Mayor del Ejército, cuyas funciones eran precisamente dirigir la campaña, ni se le consultaba ni se le tenía en cuenta para nada.

En Ciudad Juárez, la muerte del Coronel Tamborrel, acaecida en los primeros momentos del combate y el arrojado de Francisco Villa, quien desde que se inició la batalla no descansó un momento, decidieron la acción.

El General Navarro, buen jefe de columna, no tenía los conocimientos suficientes para una defensa como la que se había preparado, y de la que él no llegó a tener un conocimiento perfecto, y sus mejores jefes Pueblita y Alemán, cayeron bajo la certera puntería de Villa y sus hombres, casi al comenzar la acción.

La caída de Ciudad Juárez fué el golpe de gracia al Gobierno del General Díaz. Con una sola batalla ganada, con la toma de una plaza sin importancia, como Ciudad Juárez, la revolución iniciada en Noviembre de 1910 había triunfado. No eran las armas, sino la opinión pública, la que vencía.

